



## RESEÑA

**Microtextualidades**  
Revista Internacional de  
microrrelato y minificción

*Directora*  
Ana Calvo Revilla

*Editor adjunto*  
Ángel Arias Urrutia

Realizada por:

Gloria Angélica RAMÍREZ FERMÍN  
*Universidad Autónoma Metropolitana –Iztapalapa*  
*(Humanidades)*  
[ramirezferming@gmail.com](mailto:ramirezferming@gmail.com)

Adriana Azucena Rodríguez. *Si todos somos monstruos...* Tijuana, Baja California: Editorial Nortestación, 2020.

Número 11 pp. 51-53  
ISSN: 2530-8297

@ 2022 Microtextualidades

El título *Si todos somos monstruos...* nos invita a pensar qué condición debe cumplirse para que sea posible la realización de un verbo elidido en la segunda oración, misma que también alude a la frase de Simone de Beauvoir: “nadie es un monstruo si todos lo somos”. Para saber cómo completarla en la nueva obra de Adriana Azucena Rodríguez es necesario entrar al juego que nos propone la autora.

Los seres sobrenaturales, tales como los monstruos, las hadas, los duendes, los vampiros y la brujas, entre otros personajes, no estarán envueltos en la indeterminación y en la ambigüedad de la literatura fantástica. En el libro, estos personajes se asimilan como parte de un mundo extraño y, por tanto, hay una explicación lógica de su presencia en cada microrrelato.

De modo que, clasificar esta obra como literatura fantástica no resulta correcto. Se puede, en cambio, pensar en el ámbito de lo extraordinario o extraño, categoría en la que no se niega lo sobrenatural. Los hechos sobrehumanos no generan duda de su presencia, se explican de acuerdo a las reglas internas de la diégesis. Y ¿cómo no consentir la presencia de seres extraordinarios cuando el mundo ha dejado de existir como lo conocíamos? Con la pandemia, esta nueva realidad nos resulta más siniestra que cualquier fantasma; situación incluida en las páginas del libro.

La “Presentación” resulta ser un preámbulo de cómo en la infancia los temores se configuran en demonios y vampiros, personajes que representan abstracciones de lo perverso en el imaginario colectivo. Luego, monstruos se transforman en miedos modernos en la etapa adulta. Aquí encontramos la inseguridad, miedo a la muerte, a la soledad, a la pérdida de la juventud y a las precarias condiciones económicas. Por ejemplo, las primeras historias contienen motivos sobre el desamor, como “Espantapájaros” y “Malamor”. Por su parte, observamos la pérdida de la juventud y la transitoriedad de la hermosura en “La belleza” y “Espejos”.

La ironía de carácter social se hace presente en “Demografía”, ya que el estrato económico influye en la aparición de un fantasma. Posteriormente, nos encontramos con la sección *Noviembre*, mes que representa una de las tradiciones más simbólicas en México. Nos referimos al “Día de Muertos” (celebración que se relaciona de manera errónea con un festejo a “la muerte”); la cual contrasta con la siguiente parte, *Historias de monstruos para contar la noche del 24* (de diciembre).

A estas alturas, el lector queda familiarizado con la presencia de seres monstruosos que resultan más humanos que siniestros. Entonces, cabe la pregunta ¿quién es el verdadero monstruo aquí? Si bien el libro contiene más ficciones breves que tienden a la iteración de estas mismas escenas —la coexistencia entre seres extraños con lo real— en diversos contextos, como el planteamiento de diez posibles futuros postpandémicos, estructurados en narrativas tanto tradicionales, cuanto metaficcionales; el sentido estético de la obra cambia al llegar al apartado *Bartletopía o el miedo a no escribir*.

La siguiente frase lo devela: “temor a la muerte de tu escritura”, fragmento del microrrelato “El miedo a no escribir” que reflexiona sobre la angustia de un autor al imaginar que ha colocado “su última línea”. Esta historia cobra un significado más cercano a la experiencia de nuestros genuinos miedos, más allá de duendes, espectros y brujas. Pensar en un panorama en el que somos incapaces o estamos imposibilitados de realizar aquello que nos da placer, tranquilidad o alegría, se convierte en una verdadera pesadilla. Basta con mirar a nuestro alrededor para descubrir, no sin poco temor, que no volveremos a lo que era nuestra normalidad, tendremos que acostumbrarnos a un mundo

lleno de incertidumbres.

Al anterior motivo sobre los miedos, sumamos “Orígenes del cuento”. Este microrrelato denota la ambigüedad de la función de personajes fantásticos, como las hadas y duendes, al tiempo que éstos se vinculan con la compleja naturaleza de la sensibilidad de los escritores. En el mismo tenor, “Críticos” refiere el trabajo en soledad del estudioso de letras, a quien le perseguirá el fantasma de “las autoridades literarias”. Para cerrar esta exposición, en “No se culpe” presenciemos las aflicciones por no cumplir las expectativas sociales. Observamos que estas vivencias se encuentran más cerca de una metaficción autorreferencial del detrimento de los mecanismos internos y externos de la propia literatura, que de lo fantástico y lo ominoso.

Descubrimos que el verdadero monstruo es el miedo; en otras palabras, es aquello que nos paraliza. Los miedos tienen explicación en el contexto en que el que se presentan. En este caso pueden radicar en uno mismo; crearse en las inseguridades y en la incertidumbre del porvenir; se (re)presentan en los seres y en las circunstancias reales que nos impiden progresar. En este sentido, las historias de *Si todos somos monstruos...* — sin tener como propósito específico el siguiente objetivo— ¿logran manifestar y poner tensión en algunos de los miedos “modernos”? Cuando se pone el dedo en la llaga de nuestros propios temores, no hay respuesta que valga.

Antes de concluir, vale decir que las más de noventa narrativas breves no son exclusivas de la zozobra y la metaficción. Las líneas de “Octubre” y “Copla” nos regalan un ingenioso lirismo; mientras que en “Bonsái” se ilustra el mecanismo de la descripción. La obra termina con un “Colofón” que evoca la oscuridad noche, hábitat de lo siniestro, lo que nos invita a reflexionar que *si todos somos monstruos...* —más allá de la conclusión de Beauvoir— es porque quizá engendramos algún miedo. O, tal vez, los miedos modernos nos obligan a convertirnos en monstruos.